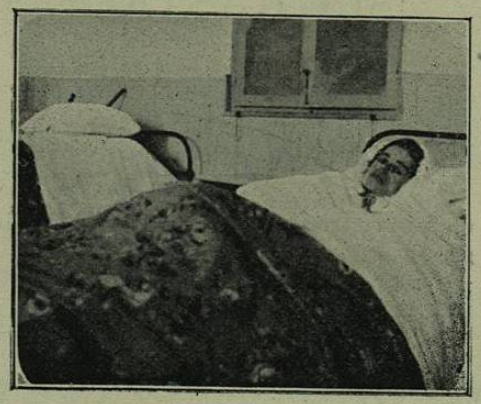
do el vuelo y huyendo despavoridos, parece que dicen angustiados con su lastimero pïar: «¡Los hombres!... ¡otro nido deshecho!»

¡SIN RASTRO!

De los periódicos locales:
«REGISTRO CIVIL
Defunciones.—Catalina, de
8 á 9 años.»

¡Pobre criaturita! Ha muerto tísica en un hospital!... Sin familia, sin apellidos, sin edad determinada... Nacida de no se sabe quién, para ir á perderse no se sabe dónde... sin inspirar afecto humano ni interés social, sola... ¡absolutamente sola en medio de la inmensi-

dad de gentes que pueblan el mundo!... ¡Pobre Catalina!... ¡tan poquita cosa, muriendo en aquella sala tan grande y tan fría!...



¡Desdichado angelito, menos mal que ya duermes!... ¡Menos mal que ni sabrías lo que

es la vida, ni habrás sabido lo que es la muerte!... ¡nada! ¡despertar y volver á dormir!...

¡Duerme... duerme, muertecita para la que no habrá habido dolorosas lágrimas, ni desesperados besos, ni desgarradores gritos... ¡Nadie, ansiosamente, habrá escuchado tu débil queja, contado los latidos de tu corazón, recogido tu último suspiro!...

¡Pobrecita de pan! ¡pobrecita de cuidados! ¡pobrecita de ternuras!... ¡sin calorcito de su madre!... ¡tus piés menuditos no dejan rastro en la vida!...